

Seven Roses: Start

Kaniselle SG



Capítulo 1

Prólogo

Si las chicas mágicas, guardianas del mundo, existieran, ¿serían capaces de traer felicidad?

El sol se había ocultado casi por completo, dejando en el cielo un lienzo pintado con tonalidades anaranjadas y rojizas. Pronto iba a oscurecer, y esa pequeña chica solo estaba allí, columpiándose en un juego en cierto parque mientras degustaba una paleta de hielo. ¿Sabor? Fresa, su favorito. El bochorno era sinónimo de la cercanía del verano, y con algo había de combatir el calor que la asediaba.

Pronto sería verano, las vacaciones empezarían.

«¿A dónde ir? ¿Qué haré con tanto tiempo libre? ¿Iré a ver alguna película? ¿No veré a mis amigos por un par de semanas?». Eran todas preguntas que los jóvenes solían hacerse durante este periodo. Sin embargo, en ese momento esta chica solo tenía mente para una interrogante tan superflua como lo era el pensar en la inexistencia de seres mágicos.

Estaba segura que las chicas mágicas podrían traer felicidad, claro que sí. Si tenían magia no debía de haber imposible para ellas. Ellas... podrían cumplir cualquier deseo, ¿cierto? Por muy imposible que pareciera.

Una fría ventisca la tomó por sorpresa, pillándola desprevenida. El clima en la ciudad de Nagoya podía ser muy extraño: días muy calurosos, noches cálidas, pero el viento siempre tendría la frescura suficiente para otorgar un buen resfriado a los más descuidados, era extraño. Suspiró. No tenía caso seguir perdiendo el tiempo, pensó al momento de levantarse y, tras equilibrarse en los patines, comenzar a andar.

Nadie en los alrededores de esas siempre tranquilas calles, dejando como fondo apenas el ladrido distante de un pequeño can. Sus cabellos revoloteaban con gracia al andar, y su rostro agradecía la brisa fresca tras todo un día de intensa calidez. Era muy buena desplazándose, lo suficiente como para permitirse seguir inmersa en sus cavilaciones.

Nada era imposible para las chicas mágicas. Podían hacer todo el bien que quisieran... o el mal.

Tonterías. ¿Por qué una chica mágica querría hacer algo que pudiese hacer daño a otras personas? Bien, podría haber personas con un corazón

retorcido, pero estaba segura de que el destino jamás permitiría que alguien así fuese escogida como una. En todo caso, ¿por qué se preguntaba tal cosa? Las chicas mágicas, la magia en general, esas cosas no existían.

Pero, sí existiesen... ¿Qué les pediría? ¿Serían capaces de traer de vuelta a esa persona?

Detuvo su andar, limpiando una lágrima que por sus tersas mejillas corría. A veces, cuando más extraña se sentía, estaba dispuesta a creer en cualquier cosa con el propósito de ver cumplido su único objetivo. Buscó un pañuelo con ella, pero la falda de tablones no tenía bolsos, así que probó en la mochila... ¿mochila?

Un nuevo suspiro fue dado antes de regresar con velocidad al parque donde se había dejado sus pertenencias. No era la primera vez que le pasaba, la recuperaría pronto.

Jamás imaginó verla.

¿Cómo podía estar preparada para tal sorpresa?

—Hola —saludó la extraña—, ¿es esto lo que buscas? Sabes, deberías poner más atención y no olvidar tus cosas.

Hermosa, no podía definirla de otra forma. Su cabello brillaba como la plata ante una noche oscura sin estrellas, con nada más que una luna que irradiaba con un esplendor zafiro como adorno. ¿Quién era ella?, se preguntó al verla.

No solo su largo y hermoso cabello, su vestimenta con tonalidades celestes y blancas ondeaban con la brisa de una manera por demás armoniosa. El brillo que de ella emanaba no era natural, no podía serlo.

Como si no fuera suficiente, bastó un parpadeo y ya tenía su mochila en sus manos, mientras ella reía con la gracia de un ángel. Que hermosa se veía allí, riendo con la gracia de una niña pequeña mientras docenas de rosas vario color crecían por todas partes.

—¿Por qué esa cara? —preguntó la chica, con un dejo burlón e infantil—. Querías saber si somos reales, ¿no? Mmm, ¡ya sé! —Con movimientos llenos de dulzura, la chica recogería una rosa para arrojarla sobre la otra—. Mira, ¿te gusta?

¿Por qué?, se preguntó la otra, sorprendida al ver como la rosa estallaba como si de una bengala se tratase, para multiplicarse en más de la misma

flor. No podía creerlo, eran reales... Tenía que ser un sueño.

—Quizás sea un sueño —dijo la chica del vestido extraño, pensativa—. Pero, dime algo, si fuera un sueño, ¿significa que no es real? ¿De verdad quieres creer eso?

No. No le importaba si era un sueño. Con lágrimas de alegría arrojó sus cosas a un lado y dejó que las piernas cedieran ante su peso. De rodillas, sin importarle lastimarse con los tallos espinosos de unas rosas que segundos antes no estaban allí, imploró por su deseo.

Si las chicas mágicas existieran, podrían cumplir cualquier cosa, hacer realidad todo para llevar sonrisas a los demás.

Sintió el tacto de esa chica en su hombro, reconfortándola como si fuese dios mismo quien bajase de los cielos para concederle cobijo. Al alzar la mirada, notó que la chica mágica la veía con sus luceros imbuidos en tristeza, mientras trataba de apaciguarlo con una sonrisa.

—Sé lo que quieres, pero no puedo hacerlo, lo siento.

No, no podía ser verdad.

Las chicas mágicas podían hacer cualquier cosa.

—Cierto —aceptó la angelical aparición—. Deberíamos, yo no puedo... pero tú sí... Todo lo que debes hacer es reunirlos. Reúne a las siete rosas, hazlo y entonces podré cumplir el más desesperado y profundo de tus deseos.

»Siete hermosas rosas fueron esparcidas en este mundo. Ni yo ni nadie más podría encontrarlas jamás. Dime, ¿me ayudarías a buscarlas? Si lo haces, podría hacer cualquier cosa, incluyendo cumplir con el más profundo y desesperado deseo que yace en ti.

Claro que quería hacerlo. ¿Cómo no ayudar a un ser como ella? Algo en ella se sentía extraño, nostálgico, como si la conociera de toda una vida. Quería ayudarla, pero... ¿quería hacerlo por hacerle un favor? ¿O solo lo hacía movida por interés personal? No se creía el tipo de persona que haría algo por la segunda razón, pero...

De nuevo, la divina mano de esa chica frotó su cabeza, sonriéndole con toda ternura. Se alejó un poco, danzando en un único punto con toda gracia y elegancia. Su enorme faldón se movió a un son, provocando que los pétalos se desprendiesen por doquier, en un pequeño remolino que bailarían alrededor de ella y su acompañante. Infinita paz es todo lo que este gesto provocó.

Lo supo entonces, lo supo al ver la mirada de la hermosa chica mágica. Quería ayudarla, necesitaba ayuda y si ella podía hacer algo por ello, incluso si no recibiera nada a cambio, lo haría. Solo tendría que encontrar las siete rosas, pero... ¿cómo?

—Descuida, sé que puedes hacerlo. No es casualidad que puedas verme, como dije antes, aun si es un sueño eso no desvanece la realidad. ¿Que qué significa? Bueno... lo sabrás al despertar, Kannon. Ve, despierta y... espero verte pronto.

No quería dejar de verla, no quería despedirse. Estaba segura de que, una vez dejara de observarla, olvidaría para siempre su existencia. Se negaba a ello, pero su visión desaparecía a cada segundo. Sencillamente... el mundo de los sueños, un mar inexorable, desaparecía de su mente, dejando tras de sí la melodiosa voz, con un último mensaje que no pudo comprender.

—Bienvenida a la vida, Osu Kannon, debes despertar. El tiempo ha llegado.

Capítulo 2

Capítulo 01: La chica de la eterna sonrisa (1)

Parte 1

El sol trató de iluminar a través de las cortinas del ventanal que fungía como salida a un pequeño balcón. La dueña de la habitación solía usar este para admirar el gran jardín de la casa durante el día, o talvez las estrellas al caer la noche, opacadas un poco por el brillo de la ciudad.

Pese a la penumbra, Kanon Shiawase despertó muy temprano, incluso ganándole al despertador. Se reincorporó a medias de la enorme cama, donde con facilidad podrían dormir cuatro personas sin problema alguno. Tal era el lujo que el lecho podía ser rodeado por un fino dosel, pero Kanon prescindía de este.

Desde los seis años había tenido problemas para dormir. Al intentarlo sentía que algo la observaba detrás del dosel, provocándole verdadero pavor. Llegando a ver incluso sombras, más de una vez lloró por las noches, siendo atendida hasta que conciliaba el sueño de nuevo. Tras una serie de repeticiones de esta situación, retiraron el lujo y finalmente pudo dormir tranquilamente.

Cosas de la infancia, sin importancia, suponía Kanon.

Estirándose para desperezar su cuerpo dio un gran bostezo antes de decidirse a levantarse, calzando un par de mullidas pantuflas celeste que hacían juego con su pijama de doble pieza.

Tendió su cama antes de mirar alrededor de la habitación. Era un sitio amplio, más de lo necesario quizá. La cama en la esquina cubría apenas una cuarta parte de esta. El suelo alfombrado, el estante lleno de peluches, las paredes cubiertas de posters (todos de sus series favoritas de chicas mágicas), el gran estante con figuras de colección: todo daba una idea muy acertada sobre los gustos de Kanon.

Sin mudar su cansada expresión, se acercó a admirar sus tan preciadas figuras situadas detrás del delgado cristal, protegidas de la más mínima

partícula de polvo. Tres de ellas eran sus favoritas:

La primera pertenecía a una serie un poco vieja. Pese a eso, Kanon no podía sentir mayor amor por la chiquilla de pelo rosa que contaba en un principio con tres transformaciones diferentes para purificar almas corruptas en su búsqueda por «El embrión». Esa chica mágica, ya olvidada por el tiempo, hacía gala de inocencia y lealtad, ¿no eran los mejores elementos que una chica mágica podía tener?

Una chica de cabello negro decorado con un lazo rojo, de rostro serio y apacible, casi inexpresivo, figuraba como su segunda favorita. Sin duda su personalidad así como su trasfondo en la historia le merecía un lugar especial en su colección. ¿Podía haber alguien más genial qué ella?

La respuesta la tenía en la joya de su colección.

Aquella chica mágica pelirroja, cuyo cabello obtenía una tonalidad rosácea al transformarse, de linda vestimenta y sonrisa imborrable, era sin duda la favorita de Kanon. Era una verdadera heroína, cómo el título de su serie y novela bien lo decía.

Había sido la primera en adquirir, y lo había hecho con dinero ganado a través de pequeños trabajos de medio tiempo en lugar de su mesada, dándole un valor todavía más especial.

Pero ninguna de estas figuras la animaban mucho últimamente.

Dio la espalda a su numerosa colección para acercarse a su escritorio donde, además de un ordenador de escritorio, la foto de un hombre cargando en brazos a una pequeña niña podía ser vista. Habían pasado muchos años desde que esa foto había sido tomada durante una visita al parque de diversiones.

Una visita que, por mucho que quisiera, no podría repetir más.

Emitió un suspiro.

—Otro día más, ¿eh? —Finalmente compuso una triste sonrisa—. Buenos días, papá, hoy también vamos a sonreír.

Aplaudió dos veces antes de inclinarse ante la foto, luego habría de golpearse las mejillas. Poco a poco su sonrisa se tornó más natural, o tan natural como le era posible. Se apresuró a salir de la habitación para tomar un baño de inmediato.

No paraba de tararear una cancioncilla que, pese a estar pasada de moda, para ella tenía un significado hermoso. Para esta chica a mitad de sus quince años, era normal mostrarse tan animada ante todo el mundo desde

que el día iniciaba.

A su padre no le hubiese gustado lo contrario.

Se encontraba a la mitad de su primer año escolar, asistiendo a la preparatoria Kibou, un colegio de mediana reputación. Su madre no encontraba razón por la cual la chica había optado por estudiar allí. Tenían la economía suficiente para hacer que asistiera a las mejores escuelas, incluso en la capital.

Realmente la economía de la familia era tan buena que vivían en lo que podría ser llamado como una mansión de tres pisos, con varias habitaciones y grandes jardines protegidos por un enrejado de alta seguridad. Contaban además con servidumbre e incluso su propio chofer. Era lo que muchos llamarían una vida estable, con algunos lujos.

Uno no entendería por qué una chica de familia tan prestigiada rehusaría asistir a una escuela en la capital, donde tendría mejores oportunidades para su futuro.

Pero la preparatoria Kibou era especial para Kanon por el sencillo motivo de que allí era donde su padre había estudiado. La chica se preguntaba si su padre habría aprobado su decisión, pero jamás llegaría a saberlo.

No pensaría en eso.

Se arregló con avidez, cuidando que su uniforme estuviera pulcro y bien planchado. Tratándose de una escuela estandarizada, el uniforme de verano no era más que un casual estilo de marinero: una polo blanca de mangas cortas aunada a la falda de tablones negra que contrastaba con el moño en el cuello, de un tono violeta. Complementaba con largas medias oscuras y zapatillas negras, siempre lustradas.

Kanon pasó a peinar con cuidado su sedoso cabello, el cual era bastante largo llegando hasta la cintura. Si algo destacaba en la chica era sin duda la brillante tonalidad rojiza de este. El lazo azul, o violeta ocasionalmente, era el complemento perfecto.

A decir verdad, el curioso color de su cabello —heredado por la familia materna—, aunados a su piel blanca y pecas, la hacían ver muy linda.

Esto por no mencionar la complexión de su cuerpo, delgada y un tanto baja de estatura. Le daba un aire mucho más joven de lo que era en realidad, haciéndola parecer bastante inocente e infantil.

—Supongo que está bien así —dijo la chica al verse al espejo. Tras darse unas palmadas en el rostro con ambas manos, sonrió con ganas—. ¡Listo,

papá!

Tenía un motivo para sentirse ansiosa aquel día. Tras semanas de dudas, finalmente había decidido por encontrar alguna actividad con la cual pudiera distraer más su mente. Unirse al club de atletismo sería su objetivo.

Como amante de los deportes desde temprana edad, Kanon gozaba de una gran condición física. Gimnasia y natación eran algunos de los que más había practicado por diversión desde la edad de siete años. Sencillamente algo como atletismo era perfecto para ella, su hiperactividad era el motor perfecto.

Bajó al gran comedor, deseosa de encontrarse con su madre para informarle sobre ello. No era la elección de su vida, pero cualquier excusa para mantener una charla con ella de vez en cuando le venía bien.

Sin embargo, solo se encontró con Hotaru, su siempre leal sirvienta y quien se preocupaba hasta por la más mínima necesidad de la pequeña.

Hotaru, la mujer de apariencia bastante joven —pareciendo apenas acercarse a los treinta— solía vestir todo el tiempo un sencillo traje de estilo victoriano por razones que solo ella conocía, pues no era necesario para laborar allí. Su altura era promedio, ojos como el chocolate se iluminaban al ver a la pequeña ama, y su cabello ondulado, oscuro, se agitó con suavidad al hacer una reverencia.

De expresión recia, aquella mujer la había cuidado desde que tenía memoria. Por esto, Kanon podía decir que le tenía mucho aprecio, como el que cualquiera le tendría a una hermana mayor.

—¡Buen día, Hotaru! —saludó la chiquilla con entusiasmo.

—S-señorita —Hotaru sonrió, señalando la enorme mesa, en la cual podrían comer hasta veinte personas—. El desayuno está listo y...

—Algún día lograré que me llames solo Kanon —interrumpió la chica, un poco inconforme. Luego miró a su alrededor—. ¿Dónde está mamá?

—La señora está en su despacho —respondió apurada la sirvienta—. Dijo que usted tendría que desayunar sola... y que le deseaba un buen día.

—Mmm...

Kanon debió haberlo supuesto. Sería un verdadero milagro que su madre hubiese bajado a desayunar con ella.

Llena de trabajo, la señora de la familia no se daba el tiempo para ver a su hija, relegando esta tarea en Hotaru. Si no estaba fuera de casa debido a viajes de negocio, siempre estaría en su despacho atendiendo llamadas urgentes.

No era que Kanon lo reprochara. Sabía muy bien que ella ahora era la cabeza de la empresa de la familia, y todo su esfuerzo era lo que permitía a la chiquilla desfasarse de tantas preocupaciones.

La pecosa se apresuró a desayunar para subir de nuevo, con la intención de saludar a su madre antes de ir a la escuela. Quería decirle que podría llegar tarde debido a que entraría a un club.

—¿Mamá? —Kanon tocó la puerta del despacho con insistencia—. ¡Ya me voy!

No obtuvo respuesta.

Sin pensarlo mucho Kanon irrumpió en la habitación, donde su madre estaría sentada en una gran silla giratoria frente a un escritorio de madera fina.

Quedaba en claro la razón de la belleza de la jovencita al ver las similitudes con su progenitora. El cabello como la grana, el cual a veces por descuido un mechón terminaba siempre por ocultar a medias uno de sus ojos, las mismas pecas adornando sus finas facciones y la misma complexión de cuerpo bien proporcionado (ayudado por años de ejercicio).

Muchos libros pertenecientes a su padre era lo que había alrededor de su madre, y un gran ventanal detrás de la mujer permitía la total entrada de luz, cegando un poco a Kanon. La mujer no paraba de hablar por teléfono sobre asuntos que su hija no lograba entender, elevando la voz por momentos.

—¡No! ¡Dile que no pensamos subir los precios! —decía muy acelerada la mujer—. ¡Nuestras acciones se han elevado así que...! ¡No me interrumpas cuando hablo! Espera... —Había notado a su hija frente a ella—. Kanon, querida, ¿cómo estás?

—Bien, mamá, yo solo...

—Sí, sí, toma —Sin hacerle el menor caso, depositó un fajo de billetes sobre el escritorio. Se dio la vuelta en la silla, ignorando a su hija por completo—. ¡Si siguen insistiendo con eso entonces que se olviden de los contratos! ¡Ya quiero ver cómo se las arreglan para...!

Kanon suspiró por lo bajo. Tomó la mitad del dinero que había sido puesto sobre el escritorio y salió rápidamente del despacho. No le hacía mucha gracia que su madre no le prestara atención, pero tampoco podía hacer un berrinche por ello.

¿Qué hubiera dicho su padre al enterarse de su decisión de unirse al club? Ah, probablemente la habría animado a no rendirse, incluso habría hecho lo posible por ir a verla, siempre con una sonrisa en el rostro para apoyar a su pequeña.

Pero eso no podía ser, ¿por qué se había hecho tal pregunta siquiera?

El desánimo parecía querer apoderarse nuevamente de ella. Pensó cuidadosamente sobre algo que pudiera mantenerla animada... ¡Claro! ¿Por qué los estaría olvidando? Tenía que usarlos o no sería ella misma. De seguro Hotaru se enojaría pero, ¿qué más daba?

Al salir de casa, la brisa fresca de la mañana despertó todos sus sentidos, envolviéndola con la fragancia de incontables flores sembradas en el jardín de la familia. Sonrió, llena de motivación, lista para comenzar el día.

Frente a la casa se encontraba un lujoso auto negro, con un anciano esperando con la puerta abierta para que la señorita de la casa abordara. Daichi, ese era el nombre del anciano alto, de porte elegante, traje hacendoso y cabellera blanquecina. Había sido chofer de la familia por casi treinta años.

Junto a él se hallaba Hotaru, quien intentaba colarse para acompañar a Kanon hasta la puerta de la escuela, y de su salón si era posible. Sonrió con entusiasmo al ver a la pequeña salir.

—Señorita, ¡el auto está listo! —exclamó con dulzura—. Vamos a... No, no otra vez.

La chiquilla frente a sus ojos llevaba puestos un par de patines azules, a juego con sus rodilleras y casco de seguridad. Como cada día, estaba decidida a irse sola, detestaba que la idea de ser acompañada hasta la escuela en el lujoso auto. Quizá quería evitar que la tacharan como a una niña rica y engreída, no lo sabía.

—¡Por favor, señorita! —exclamó Hotaru, con cara de súplica—. ¡Al menos una vez vayamos en el auto!

—¡Nos vemos, Hotaru! —De un salto la chica se impulsó para alejarse del

lugar—. ¡Hasta luego, señor Daichi!

—¡Qué tenga un buen día, señorita! —se despidió Daichi con una sonrisa—. Sería muy bueno volver a ser joven ¿no lo cree, Hotaru?

—Señorita...

En el suelo, la sirvienta no podía dejar de llorar mientras veía como su preciada niña se marchaba sola con aquellos infernales aparatos que podían hacerla tropezar y tener un fatídico accidente en cualquier momento.

No estaría tranquila hasta el atardecer, cuando la viese volver sana y salva.

Capítulo 3

Llegar a la preparatoria le tomaba alrededor de cuarenta minutos si se transportaba en patines. Solo tenía que desplazarse por las tranquilas calles hasta llegar a una zona más concurrida, donde solo tendría que preocuparse por respetar los cruces y las señales de viabilidad.

Casi siempre se le podía ver a cualquiera por allí caminar con prisas e incluso correr a causa de sus apretados horarios para llegar a tiempo al trabajo o a la escuela. Empujones no era algo tan común (a menos que se tratara de las estaciones de tren) y Kanon, tan diestra en el uso de su calzado, no tendría problemas para desenvolverse.

Durante el trayecto saludaba a los dependientes de algunas tiendas, como el señor Hon, dueño de una librería que la chica solía frecuentar o la señora Mizaki, quien solía regalarle algún helado o postre de su repostería de vez en cuando, como agradecimiento por los trabajos de medio tiempo que la chica solía hacer allí cuando tenía tiempo libre.

Kanon también saludaba a alguno que otro compañero de clases, mientras ganaba velocidad en sus patines.

«Mírala, ahí va Shiawase. Siempre tan alegre, ¿no?»

«Me gustaría saber cómo lo hace... Nunca parece preocuparse por nada.»

Kanon sonrió, ajena a los murmullos que desataba entre algunos conocidos y no tan conocido. Su apariencia le ganaba la admiración incluso entre chicos de tercer curso, pero ella nunca prestaba atención a esas cosas.

En verdad amaba sentirse libre por la vida

Cuando era más pequeña siempre estaba custodiada por una sobreprotectora Hotaru que, además de no permitirle hacer acciones que consideraba peligrosas, intimidaba a otros niños con su presencia en los parques donde solían llevarla a jugar.

Por ello quería crear mejores recuerdos ahora que estaba en la preparatoria.

Para llegar a la preparatoria Kibou, tenía que pasar frente a una gran plaza comercial en construcción. Durante la mañana había demasiado ruido por allí, producto del arduo trabajo de múltiples hombres esforzándose por terminar el trabajo cuanto antes. Le daba un aire

bastante animado a la zona.

No obstante, muchos alumnos no se atrevían a pasar por allí una vez llegada la noche. El lugar quedaba bastante silencioso y oscuro, este aire tétrico ofrecía un ambiente más bien pesado.

Típicos rumores y leyendas urbanas, como la aparición de espectros como la mujer de boca cortada o algún ser similar, eran populares entre los estudiantes. Estos acrecentaban con los típicos habladores que incluso aseguraban haberlos visto en persona.

«Hay rumores demasiado tontos por aquí», pensaba Kanon sobre esto, deteniéndose junto a un grupo de estudiantes, esperando el semáforo para cruzar la calle.

Las clases transcurrieron con normalidad. Kanon no podía esperar hasta el final del día para ir a probar suerte con el club de atletismo. ¿Cómo serían sus compañeros en el club? ¿Podría hacer nuevas amigas? ¿Su madre iría a verla si es que lograba destacar y ser seleccionada para alguna competencia? Estas y más preguntas inundaban su mente, haciéndole casi imposible prestar atención a las lecciones, aunque esto no era algo novedoso en ella.

Pese a la gran energía y positivismo que demostraba, ella casi siempre estaba completamente distraída. Esto le había valido más de una llamada de atención de parte del profesorado, así como los sermones de Saeko Nomura: la mejor amiga que había hecho desde el primer día de clases.

Saeko, una chica de lentes redondos, cabello largo y negro, con una complexión bastante desarrollada para su edad, era la alumna excelencia del grupo. Era lo opuesto a Kanon: más callada, seria, y objetiva. La única razón por la cual no era representante de la clase era su timidez para con desconocidos.

A Saeko le preocupaba que la personalidad despreocupada de su amiga pudiera atraerle problemas serios. Y es que Kanon parecía mucho más distraída de lo normal.

Su amiga le llamaba bastante la atención, pues no solo abría los libros incorrectos en cada clase, sino que literalmente parecía que su mente estaba en otro lugar. Observó como la pecosita no hacía más que mecer su cuerpo de un lado a otro, con la cabeza apoyada por sus manos, mirando

al frente sin fijar su vista en nada. Debía regañarla, no toleraría que no prestase atención a clases.

Pero, cuando la campanada del almuerzo sonó y Kanon se acercó a ella, como impulsada por un resorte, mostrando una angelical sonrisa, no pudo reprenderla. Ver aquella sonrisa la dejaba por completo desarmada.

—¡Saeko, Saeko! —Kanon se mostraba tan entusiasmada como para acercarse bastante a su amiga, incomodándola—. ¡¿Adivina qué?!

—Por favor, Kanon, deberías comportarte —repuso Saeko, acomodando sus gafas, en un intento de ocultar su rubor—. ¿Por qué tan animada hoy?

—¡Me he decidido por un club!

—¿Ah, sí? —Saeko se mostró interesada. Pensaba que su amiga nunca terminaría por decidirse—. ¿Cuál será? ¿Literatura? ¿Arte? Me han dicho que el de poesía es muy...

—¡Atletismo!

Saeko no respondió enseguida. En el fondo, debía haber sabido el tipo de club al que se uniría su amiga dada su tendencia a nunca quedarse quieta. Ella tampoco había entrado a ningún club, esperando por la decisión de su amiga para que quizá, solo quizá, ambas pudiesen entrar al mismo. Pero eso no era posible ahora.

—Genial... —dijo Saeko, con una mirada muerta y una sonrisa por demás forzada—, eso es perfecto para ti.

—¡¿Verdad que sí?! —La mirada carmesí de Kanon resplandecía—. ¡No puedo esperar por el fin de clases! —Su estómago gruñó, recordándole la importancia de alimentarse en la vida—. Saeko, ¿trajiste tu almuerzo?

—Por supuesto —respondió la chica—. ¿Otra vez no tienes nada?

—¡Acompáñame a comprar algo! ¿¡Sí!?! —Kanon giñó un ojo, mientras juntaba sus manos, rogándole.

—Creo que esta vez paso.

—Oh, vamos —Kanon sujetó a Saeko por el brazo, jalándola amistosamente—. Te compraré un jugo... ¡O puedes escoger lo que quieras!

—E-está bien —replicó la chica de lentes, con las mejillas encendidas—. Ya

puedes soltarme, sé caminar.

—¡No! —la pelirroja abrazó con más fuerza a su amiga—. Te llevaré así todo el camino~

El resto del día fue lo usual para Kanon. Disfrutó de una animada charla durante el almuerzo con Saeko, y se dedicó a pensar en nada durante el resto de las clases. Ya habría tiempo para estudiar otro día, o al menos eso era lo que pensaba. De cualquier forma, siempre terminaba estudiando a pocos días de los exámenes, pasando estos a duras penas.

—Buena suerte, Kanon —le deseó Saeko al sonar la campanada que indicaba el fin de las clases.

—¿No vienes? —preguntó Kanon, fijándose en la pila de papeles que su amiga tenía en las manos.

—Me pidieron llevar esto a la sala de profesores —Saeko salió del aula, dirigiéndole una sonrisa de aliento—. Ya me contarás mañana como te fue.

—¿No quieres un poco de ayuda?

—¡No! —se apresuró a responder Saeko, conociendo la torpeza de su amiga—. Quiero decir... yo puedo sola —Sonrió mientras se le escapaba una falsa risilla—. Anda, que tengas suerte.

—De acuerdo... —dijo la pelirroja, confundida. Enseguida recuperó el aplomo—: ¡Nos vemos!

Kanon corrió por los pasillos, esquivando a los alumnos que salían de los salones. Le pareció que un maestro la regañaba por romper una de las reglas de la escuela, pero decidió ignorarlo.

Si la atrapaban tendría severos problemas. El colegio Kibou tenía reglas muy estrictas acerca del comportamiento de sus alumnos: por mucho que Kanon escapara ahora, sería fácilmente reconocida por su cabellera. Tendría que encomendarse a que el profesor se apiadara, de lo contrario ya podría verse limpiando el aula de clases ella sola durante toda una semana.

Kibou contaba con cuatro edificios, siendo uno de ellos de tan solo un piso, sirviendo más como aulas para las actividades de los clubes de interiores o para cursos de extensión que ofrecían periódicamente. Dos más, de dos pisos, junto al principal, con tres de altura, distribuían entre ellos al alumnado.

Pese a su reputación, realmente podía ser considerada una preparatoria grande. Más si agregábamos las extensas áreas deportivas que se encontraban en la parte trasera del complejo. Allí era donde, sin duda, los miembros del club de atletismo estarían entrenando con gran ánimo.

Kanon tomó sus pertenencias del casillero antes de salir del edificio principal. Fuera pudo ver a los miembros del club de fútbol, béisbol y tenis reuniéndose para entrenar en sus respectivas áreas. Ella siguió hasta la pista de velocidad, donde sabía que los miembros de atletismo entrenaban.

Vacío.

Nadie absolutamente en el área.

—¿Habré llegado muy rápido? —se preguntó.

Dichas áreas deportivas contaban con varios árboles que servían de sombra para los alumnos durante la hora del almuerzo o, en el caso de Kanon, para que esperase cómodamente a la llegada de los elementos del club.

Sí tan solo Kanon hubiese sido un poco más atenta debería haber sabido que, como todos los lunes, el club de atletismo no realizaría actividades.

Estaba destinada a esperar en vano aquel día.

Poco a poco un estado de somnolencia entró en ella. Ahí, bajo la sombra, con una suave brisa sacudiendo su cabello, y el eco de los demás clubs enfrascados en sus deportes, Kanon entró en profundo sueño.

Podía ver toda la ciudad en la que residía actualmente desde las alturas, como si estuviese volando —o más bien flotando— sobre ella. El majestuoso brillo de la luna en lo alto del firmamento competía con las numerosas luces pertenecientes a distintos edificios. Los frescos vientos revoloteaban en ella no solo su cabellera, sino también su curioso traje.

¿Cuándo había tenido esa especie de hermoso kimono? No recordaba que le hubiese sido regalado.

¿Por qué estaba allí?

De pronto, fue cegada por luces carmesí, tan intensas como para iluminarlo todo con la fuerza de una estrella. Quizás eso sería decir mucho ya que, de ser así, Kanon hubiese quedado ciega de por vida. Pero fue lo primero que llegó a la mente de la chiquilla.

<https://youtu.be/48BRBGZz0jI>

Siete figuras nacieron de esos puntos luminosos, cada una tomando forma de una chica, portando un arma distinta, o eso parecía. Kanon solo podía verlas como energía pura, así que se dejaba llevar por sus primeras impresiones.

Y, de algún modo, una sensación de nostalgia la invadió.

—Ustedes... —intentó extender la mano para alcanzarlas, pero las siluetas permanecían fuera de alcance—. ¿Quiénes son?

Lejos de responder como se debía su pregunta. Cada una de aquellas figuras diría una sola palabra: el acento, el tono, algo en sus voces sonaba tan dispar la una de la otra, tal que a Kanon se le dificultó mucho entender:

—Japón...

—China...

—Luxemburgo...

—Francia...

—Estados Unidos...

—México...

—Estamos en el momento y lugar pactado, nuestro despertar está próximo —dijo la chica central—. Por favor, es momento de ser despertadas. ¡Ellos ya están aquí! Alicia también despertará... ¡No hay tiempo!

¿De qué hablaban aquellas voces?

Kanon no lo sabía. No entendió ni una palabra, más concentrada en tratar

de asir a alguna de ellas.

Sin embargo, tan fugazmente como habían hecho acto de presencia las figuras desaparecieron, exceptuando por la última que había hablado. Fue ella quien señaló en cierta dirección para que la pecosa mirase.

Siete sombras oscuras se mantenían a la distancia, suspendidas en el aire al igual que ellas. Todas levantaban a la vez una extremidad, de la cual volutas de humo surgían sin cesar. Kanon no sabía cómo explicarlo, pero algo en ellas le provocaba cierta inquietud que terminaba por derivar en un terror bastante familiar.

Las volutas se repartirían por todo el cielo, formando enormes flores que estallaron como fuegos artificiales. Un espectáculo de luces que cualquiera querría apreciar, había algo familiar en aquél colorido paisaje. ¿Por qué todo le daba la impresión de haberlo vivido antes?

Enseguida notó que los estallidos generaban lo que parecían ser portales, espirales de humo que tomarían la forma de enormes rosas, donde su centro parecía ser la entrada a otra dimensión.

Una gran cantidad de energía oscura comenzó a salir de estos mismos, repartidos uniformemente a lo ancho de toda la ciudad. En un santiamén todas las luces se consumieron, sumiendo el lugar en completa oscuridad.

Horribles criaturas de diferentes formas y tamaños comenzaron a surgir, esparciéndose por toda el área entre llantos, gritos y demás sonidos extraños.

Era horrible escucharlos, una enorme desesperación invadió a Kanon al escuchar cada lastimero chillido. Era como si la oscuridad tratase de envolverla, de oprimir su persona. Se llevó las manos a la cabeza, preguntándose qué rayos estaba pasando. Sentía temor, un temor incalculable, algo que no había sentido jamás... ¿O talvez solo tenía años desde que lo había experimentado por última vez?

¿Dónde estaba su padre ahora que lo necesitaba? ¿Dónde estaba ahora que estaba pasando por un corrosivo temor que no sentía desde que era pequeña?

Sintió entonces un tacto cálido. El ser femenino de luz que se había quedado a su lado la sostenía por la muñeca, brindándole calor y paz a su corazón latente.

—No hay tiempo, Kannon —dijo, pronunciando mal su nombre—. Su voluntad ya está siendo llevada a cabo.

—¿Su voluntad? —repitió la chiquilla, al borde del llanto—. ¿iLa voluntad de quién!? ¿iiQué está pasando!!?

La oscuridad terminó por cubrirlo todo, dejándola en un estado de completa ceguera.

La ciudad se inundó por completo en gritos de desesperación, llantos, quejidos de dolor y tormento. El tétrico ambiente terminó por inquietar aún más a la pequeña. Intentó hablar con la figura de energía pura que aún la sostenía, pero esta la interrumpió.

Comenzaba a desvanecerse.

—Escucha, Kannon... Tratarán de... No debes... Qué no te engañen... No confíes en ellos...

Una voz más pacífica resonó, como si le susurrasen directo al oído, cortando de tajo la horrenda vivencia.

—Vamos, mi niña... Apresúrate, morirá si no lo encuentras pronto.

Despertó muy agitada, sintiendo aún vestigios del terror recién experimentado. Incorporándose rápidamente hacia atrás, lo único que provocó fue golpearse la cabeza contra el árbol en el que yacía recostada.

—¡Auch! —Fue todo lo que pudo decir, despabilándose—. ¿Fue un sueño?

Miró a su alrededor, recordando que estaba haciendo allí, tratando de calmarse. Temblaba de pies a cabeza, agradeciendo que todo se tratara de no más que de una simple pesadilla. Tuvo que reír un poco ante su torpeza, tratando con ello apaciguar sus nervios.

Calma total, todo silencioso.

El atardecer ya había terminado, permitiendo que la noche reclamase los cielos con su lienzo oscuro. Kanon había dormido por mucho más tiempo del que hubiese querido. Nadie se había tomado la molestia de despertarla, así que ahora estaba sola en el recinto.

Era obvio que el club de atletismo no había tenido actividades.

No tenía más opción que regresar a casa... y olvidarse de su desagradable experiencia.

Capítulo 4